

Usa *financiero*
Si habla de la hacienda,
No hay quien le comprenda,
Todo es confusion.
¡Mira qué invencion!

Éntrome en la Bolsa,
Háblanme de *prima*,
Lúcas se me arcima,
Pídeme un *cupon*.
¡Mira qué aprension!

Zoilo el periodista
Sigue la reforma,
Quiere dar la *norma*
En la locucion.
¡Mira qué invencion!

Llama á sus rivales
Seres *refractarios*,
Puros *doctrinarios*,
Gente de *fusion*.
¡Mira qué aprension!

Brilla en la *polémica*;
Si alguien su honor mancha,
Toma la *revancha*,
Ruge cual leon.
¡Mira qué invencion!

Club llama á la junta,
Ve la trama *sorda*,
Oyele que *aborda*
Franco la cuestion.
¡Mira qué aprension!

Él nada pretende,
Los ministros huye,
Y se *constituye*
En la oposicion.
¡Mira qué invencion!

Hay en la política
Marcha acelerada,
Marcha retardada,
Y emancipacion.
¡Mira qué aprension!

Hay oscurantismo,
Tabla de derechos;
Hay rampantes pechos
Hijos de opresion.
¡Mira qué invencion!

¡Ves los corazones
Cómo fraternizan?
Todos simpatizan,
Todo es efusion!
¡Mira qué aprension!

¡Dices que no entiendes
Esta algarabía?
Hombre, si es del día,
Lengua de fusion.
Ya que la extranjera
Hueste allá no asoma,
Hay en el idioma
Franca intervencion.

II.

A UNA POETISA.

No siempre á la hermosura
Da generoso el cielo
Las dotes peregrinas
De animador ingenio;
Es la beldad entonces
Flor linda en un desierto,
Que aromas no respira,
Ni enciend los deseos.
Empero si se hermanan

DON EUGENIO DE TAPIA.

Las gracias y el talento,
Es joya la hermosura
De inestimable precio.
Cuando tu linda mano
Pulsa el sonoro plectro,
Y ensalza de la patria
Esclarecidos hechos;
El corazon se enciende
Con palpitante anhelo,
Y de la lid ansia
El pavoroso estruendo.
De tu elocuente labio
Brotan sonoros versos,
Que excitan las pasiones
Del agitado pecho.
Yo embelesado escucho
Tus mágicos acentos;
Y arrebatado á veces
Exclamo enloqueciendo:
¡Oh si en mi pecho ardiese
El juvenil incendio
Que versos me dictaba
En más felices tiempos,
Yo de tu dulce lira
Siguiera el noble ejemplo!

III.

EL ESCRITOR MALDICIENTE.

Imitando á fray Gerundio
Pedantino el deslenguado,
Los estudios ha dejado,
Y se ha metido á escritor;
¡Ay demonio de señor!

Él no sabe ciencia alguna,
Ni humanidades siquiera,
Y con tan pobre mollera
Pretende ser orador.
¡Ay demonio de escritor!

Á un periódico abastece,
Y á fuerza de petulancia,
Quiere suplir su ignorancia
Echándola de doctor.
¡Ay demonio de señor!

Ora toma por su cuenta
Al caudillo que derrama
Su noble sangre, y le llama
Cobarde, necio y traidor.
¡Ay demonio de escritor!

No sabe sumar, y escribe
De economía y de hacienda;
¡Habrà cristiano que entienda
La jerga de este hablador?
¡Ay demonio de señor!

Llama pícaro al ministro
Que no le ha dado un empleo;
No le anima otro deseo
Que hacerse rico y señor.
¡Ay demonio de escritor!

Á reformar los estudios
Su pluma de ganso vuela,
El pedante de la escuela
Se vuelve fiero censor.
¡Ay demonio de señor!

Él sólo entiende de planes,
Á todos bárbaros llama;
Las desvergüenzas derrama
Como arriero jurador.
¡Ay demonio de escritor!

El mayor deleite, en suma,
De este animal furibundo,
Es tratar á todo el mundo

Como al toro el picador.
¡Ay demonio de señor!

Pero ya le vuelve el mundo
Las tornas, y le desprecia,
Y llama á su pluma necia,
Y á él insulso detractor.
Vaya al diablo el escritor.

ROMANCES.

I.

EL MAR EN ESTÍO.

Huyendo del rayo ardiente
Que el sol á la tierra lanza,
Busco, oh mar, en tus riberas
La fresca regalada.
¡Oh cuán sosegado ahora
Con tus ondas azuladas,
Roncamente murmurando,
Llegas á besar la playal
Luego esquivo te retiras,
Mas en volver poco tardas,
Y nuevamente la arena
Cubres de espuma y la bañas.
Rizando la superficie
De tus cristalinas aguas,
Vuela el céfiro, y refresca
Después la tierra agostada.
Mi pecho ansioso le aspira;
¡Cuál su aliento me regala,
Templando el hirviente fuego
Que en mis venas circulaba!
Mas ya los linos hinchendo,
Hace que las naves partan,
Y oprimen las corvas quillas
Del mar la cerúlea espalda.
¡Cuál vuelan! ¡Con cuánta pompa,
Cual si en el golfo reináran,
Le cruzan, y en triunfo llevan
La bandera desplegada!
El cielo benigno os guía,
Y allá en las remotas playas
No encontréis, en vez del oro,
Guerra ó dolencias infaustas.
Más humildes y más cuerdos,
Otros en ligeras barcas,
Aquí, sin perder de vista
Su familia y su cabaña,
Y sus corrientes parecen
Raudales de pura plata.
Corren entonces alegres
Mil jóvenes á la playa,
Que durante el largo día
Ardorosos palpitan.
Con presteza, de sus hombros
Sueltan la enojosa holanda,
Y cual ágiles atletas
En el piélagos se lanzan.
Cortan nadando las olas,
Y una confusa algazara
Se mezcla al ronco murmullo
Del mar que las rocas baña.
En otra parte, festivas,
Y hermosas como las Gracias,
Las ninfas al mar se entregan,
Y él las mece y las halaga.
Mas de repente maligno
Hincha sus olas y brama,
Y á la ribera arenosa
Ellas huyen espantadas.
Así las blancas palomas,
Cuando el milano amenaza,
A su pacífico albergue
Con vuelo rápido marchan.
No extrañéis, ciegas beldades,
Que con súbita mudanza
La aparente mansedumbre

ROMANCES.

Del mar se convierta en saña.
¡Qué es vuestro pecho inconstante,
Sino imagen que retrata
De ese voluble elemento
Las vicisitudes varias?
Ora escuchais carifiosas
Las lisonjeras palabras
Del amante enternecido,
Y todo es gozo y bonanza;
Ora los rabiosos celos
Os alucinan y ensañan,
Y á veces por mero antojo
Alarde haceis de inhumanas.
¡Feliz sólo el que en los brazos
De una esposa dulce y casta
Ve deslizarse las horas,
Que cual leves sombras pasan!
Un puro amor los estrecha;
No turban sus quietas almas,
Ni el recelo tormentoso
Ni la pérdida inconstancia.
Bendice su union el cielo;
En prole inocente y grata
El amor se reproduce
Que á los consortes abrasa.
Así tranquilos el valle
Cruzan de esta vida amarga,
Cual arroyo cristalino
Que manso las flores baña;
Y no como el mar undoso,
Imagen de la inconstancia,
Que ya se ofrece risueño,
Ya rugiendo al orbe espanta.

II.

EL SOLITARIO.

En los agostados campos
Reinaba el estío ardiente,
Y un aura blanda mecía
Los rubios dones de Ceres.
Hunde en el nublado ocaso
El sol su dorada frente,
Y la tormenta en el aire
Su velo funebre tiende.
Entre tanto por un valle,
Donde no hay humano albergue,
Marcha el guerrero Gonzalo,
Solo, abatido y doliente.
Viste pavonada cota,
Y de la cimera penden
Negras plumas, demostrando
El duelo amargo que siente.
Lleva en la caja su lanza,
Que un alto pino parece,
Con morada banderola,
Que el céfiro apenas mueve.
Todo es yermo solitario
Do quiera los ojos vuelve
El adalid, y no léjos
Ve una montaña eminente.
Pero ya el trueno en el valle
Retumba, se inflama el éter,
Y cae serpeando el rayo,
Y el pino erguido se enciende.
Bufa el brido espantado,
Clávale el noble jinete
La espuela, y al pié de un cerro
Veloz llega y se detiene.
Otra vez horrído estalla
El trueno, y súbitamente
Rásgase la negra nube,
Y el agua cae á torrentes.
Bajo un roble corpulento
El adalid se defiende,
Y un edificio en la cumbre
Del monte ver le parece.
Entre resinosas jaras
Sube y peñascos pendientes,
Y un arruinado castillo

A la vista se le ofrece.
Pálida alumbra la luna,
Que sale del turbio Oriente,
Aquel sitio pavoroso,
Digna mansion de la muerte.
De un lado y otro Gonzalo
Los inquietos ojos vuelve,
Y encaminase á una puerta
Que mira cerrada al frente.
Con el cuento de la lanza
Pulsa, y respondiéndole en breve
Un anciano respetable,
Preséntase cortésmente.
De su macilento rostro
Barba plateada pende,
Y sus macerados miembros
Cubre sayal penitente.
«¿Quién es, dice, el que perdido
Auxilio buscando viene?
— Un caballero cristiano
A quien persigue la suerte,
Repone el huésped. — Si alivio
Un anciano daros puede
Que del pesar en la escuela
Ha aprendido á condolerse,
Entrad, señor, que á lo ménos
Paz hallaréis en mi albergue,
Y quien serviros procure
Con voluntad obediente.
— El cielo tantas bondades,
Responde el guerrero, premie!»
Y saltando en tierra, abraza
Al anciano estrechamente.
Puesto el brido á recaudo,
Una escalera descendien,
Que á la estancia conducía
Donde el solitario duerme.
Allá en la bóveda oscura
Crujir se oye roncamente
La armadura de Gonzalo
Cuando sus plantas se mueven.
En el fondo de la estancia
Arde una luz tristemente,
Y á su reflejo sombrío
La cruz sagrada aparece.
Rústico asiento, labrado
Por sus manos toscamente,
A Gonzalo el cenobita
Para descansar ofrece.
Deja el escudo y la lanza,
Y siéntase, y hondamente
Suspirando, así da rienda
Al martirio que padece:
«¡Feliz, venerable anciano,
Quien, de los hombres aleves
Huyendo, en la soledad
Goza tranquilos placeres!
Y no como el desdichado
Que no halla quien le consuele,
Y gravemente ofendido,
Su triste vida aborrece.»
Al decir esto suspira,
Y alto silencio sucede,
Como el que reina en la tierra
Antes que la nube truene.
«Así mi pecho agitado,
Le replica el penitente,
Fué un tiempo víctima triste
De las pasiones cruéles;
Mas pronto, desengañado
De venturas aparentes,
Que cual sirenas halagan,
Y con su encanto nos pierden,
Busqué en estas soledades
El puro y almo deleite
Que otorga el cielo á quien huye
De los mundanales bienes.
Pero desahogad conmigo,
Señor, el pecho doliente,
Si el mal que le martiriza
Este anciano saber puede.
— Amor, responde Gonzalo,

Me atormenta de esta suerte,
Y el mal ha llegado á punto,
Que ya remedio no tiene.
Una pífida mujer,
Que amarme juró por siempre
En la ausencia me ha vendido
Por otro, y ya me aborrece.
Pero no de esta ventura
Gozar largo tiempo espere
Mi odioso rival, que pronto
Se la robará la muerte.
Con esa lanza..... ¡Es posible,
Repone con alma ardiente
El anciano, que, oprimida
La patria por los infieles,
Un caballero cristiano
Así dominar se deje
De una pasión vergonzosa,
Que le amengua y envilece?
La gloria á la lid os llama;
Vuestro hierro se ensangrienta
En los árabes tiranos,
Y no en cristianos jinetas.
¡A la fe del Salvador,
Que ultrajes tantos padece,
Preferiréis el encanto
De una belleza, que, leve
Como el viento, ya dispensa
Favor, ya injustos desdenes?
Olvidadla; que no es digna
Doncella que así procede,
Del amor de un caballero,
Que prez honrosa merece.
No envidieis á ese enemigo
Una ventura aparente;
Que de igual alevosía
El será víctima en breve.»
Dijo; y cual lluvia copiosa,
Que oportuna al campo viene,
Cuando asolador incendio
Corre del bosque á las mieses,
Así templea el solitario
Con su razonar prudente
El volcán de amor y celos
Que en el triste pecho hierve.
Por la cruz que al pecho lleva
El caballero promete
Así que raye la aurora
Partir á Jaen la fuerte,
Donde el santo rey Fernando
Preparando está sus huestes,
Para marchar á Sevilla
A coger nuevos laureles.

III.

LA NIÑEZ.

Por el sonrosado Oriente
Sale la aurora risueña,
Y su esplendor apacible
A los vivientes alegra.
Tú así en el mundo apareces,
Niñez inocente y tierna;
Los amores te acarician,
Las Gracias siguen tus huellas.
En tu pecho bondadoso
No lidian pasiones fieras,
Ni la destructora espada
Empuña tu débil diestra.
Horror te excitan las armas,
Y si el cañon ronco truena,
Al seno que te dió vida
Llorosa y pálida vuelas.
La paz tan sólo y los juegos
Te cautivan y embelesan,
Y no del oro ó del mando
La sed ansiosa te aqueja.
¡Dichosa edad! ¡Cómo envidia,
Cuando el pesar me atormenta,
Al infante candoroso

DÓN EUGENIO DE TAPIA.

Que en el campo se recrea!
¡Cuál corre en pos de un jinetero!
¡Cuál se afana! ¡Qué de vueltas
En vano da! La avecilla,
Burlándose de él, inquieta
Aquí alza el vuelo, allá posa,
Ora á la mano se acerca,
Ya la esquivo, y ya cansada,
Trinando de allí se aleja.
A la inquieta mariposa
Ora en una flor acecha,
Y con silenciosa planta
A par de sus alas llega.
La mano tímido tiende,
Y al coger la ansiada presa,
Huye á otra flor, y el suspenso
Contemplándola se queda.
Su candor, embelesada,
La amorosa madre observa,
Le llama, y con dulces besos
El engaño recompensa.
Después, para entretenerle,
El iris bello le muestra,
Que del cielo arrebolado
Se lanza á la fértil vega.
¡Oh cuál le admira y suspende
El arco inmenso! A la tierra
Asido le cree, y tocarle
Impaciente ya desea;
Mas luego se desvanece,
Y la ilusión placentera
Cual sombra rápida pasa,
Y apenas gozarse deja.
Tales son, niño inocente,
Todas las aventuras nuestras,
Mudables como la luna,
Como el viento pasajeras.
¡Triste de tí si algún día,
Dejando las que ahora anhelas,
Otras buscas, que engañosas
Traen la amargura encubierta!
Cual tú, cándido otro tiempo
Tambien yo fui; la pradera
Mil recreos deleitosos
Ofrecía á mi inocencia.
Al retonzon corderillo
Ya acariciaba mi diestra,
Y otras veces competía
Con él en veloz carrera.
Ora del espeso bosque
En la intrincada maleza,
Buscando el oculto nido,
Pasaba la ardiente siesta;
Ya el trompo en rápidos giros
Con la resonante cuerda
Correr hacia, ostentando
Mi agilidad y destreza.
Tal vez embebido alzaba
Mi vista á la esfera inmensa,
Y volar junto á las nubes
Via al águila altanera.
Todo era nuevo á mis ojos;
Más claro el sol y más bella
El alba me parecía,
Y más pomposa la selva.
Crecí, y amor..... Pero basta;
Saber no debes mis penas;
Que tú de amores no entiendes,
Ni los celos te interesan.
Mas ya la oficiosa madre,
Siguiendo á su dulce prenda,
Con gozo inefable torna
A la pacífica aldea.
Allí junto al corvo arado
Su fiel consorte la espera,
Y en su pecho una y mil veces
Arrebatan sus secretos.
Sigue á las tiernas caricias
La frugal y limpia cena,
Que con sencillez graceja
El niño parlero alegre.
Luego al sabroso descanso

Este, rendido se entrega,
Y en sueños al campo vuelve,
Y de nuevo se deleita.

IV.

LA JUVENTUD.

Lozana, inquieta y fogosa
Vuela, atropellando riesgos,
La juventud, tras el logro
De sus vehementes deseos.
Así la orilla del Bétis
Potro indómito y soberbio
Corre, y á su lado el río
Humilde parece y lento.
Lanza amor su ardiente flecha
Contra el incauto mancebo,
Que piensa encontrar la dicha
Donde le aguarda el tormento.
Por sus centellantes ojos
Asoma el rápido fuego
Que le devora, y abrasa
Al idolatrado objeto.
Cuando cubierto de sombras
Yace el orbe en grato sueño,
El silencioso las puertas
Abre del hogar paterno.
Corre alegre á la morada
De su bien, y en dulce acento
Exhala sentidas quejas,
Y promete amor eterno.
Desde la reja le escucha
Su amada, y le da consuelo;
Y hasta que brilla la aurora
No cesa el coloquio tierno.
¡Ah! ¡si durara esta dicha!
Mas no, que en breve los celos
Asaltan al ciego amante,
Y martirizan su pecho.
De una mirada inocente,
De un urbano acatamiento,
Forma la ilusión un crimen,
Y finge un rival molesto.
Adios entónces ternura,
Felicidad y sosiego,
Y coloquios deliciosos,
Y músicas y festejos.
Todo es pena, todo rabia;
El amador macilento
Y trémulo se presenta
Al ídolo de su afecto.
No es ya un esclavo rendido,
Sino un tirano violento,
Que ni aun conoce las leyes
Del decoroso respeto.
Ella defiende angustiada
Su virtud, y juramento
Hace de olvidar á un hombre
Tan osado y altanero.
¡Vano propósito! En breve,
Desengañado y más cuerdo,
Perdon la pide el amante,
Y aviva de amor el fuego.
Así la pasión agita
En desorden turbulento
Al jóven que en su delirio
De la razón rompe el freno.
Otro, ambicioso de fama,
Abandona el patrio suelo,
Y surca el mar proceloso
En busca de un mundo nuevo.
Allí sagaz escudriña
De la tierra el hondo seno,
Y quiere á naturaleza
Arrebatan sus secretos.
En la mina tortuosa
Ya observa el metal funesto,
Que la insaciable codicia
Está ansiosa recogiendo;
Ya de allí sale, y osado

ROMANCES.

Trepa el monte, y ve sereno
En sus entrañas ardientes
Hervir el volcán tremendo.
Tal vez en la fría noche
Pone su salud á riesgo,
Observando de los astros
El reglado movimiento;
Tal vez con prolijo estudio,
Campo y bosques recorriendo,
Extrañas plantas acopia,
Descubre vivientes nuevos,
Y de estos bienes cargado
Vuelve envaneado al puerto.
Al són de la marcial trompa
Se inflama el otro, que ciego
En pos de la gloria marcha
Con intrépido denuedo.
Ya á los tronantes cañones
Pone el acorado pecho;
Ya esgrime la ardiente espada,
Y víctimas caen sin cuento.
El fiero alazan que monta,
Arrojado como el dueño,
Huella con herrado casco
Armas, banderas y muertos.
Ora más terrible suena
De la batalla el estruendo,
Y al claro sol oscurece
La nube del humo denso.....
¡Victoria, victoria! Dadme
Laurel que cifra al guerrero
La sien polvorosa, suenan
En su loor gratos versos.
¡Volverá á su amada patria?
¡Ay! no, que ya más sangriento
Nuevas lides apetece,
Busca más ricos trofeos.
A perecer, desdichado,
Corres, de tu madre lejos,
Que detesta acojorada
Tu temerario ardimiento.
¡Cuán otros son tus placeres,
Jóven pacífico y tierno.
Que á las placenteras Musas
Dedicas el fugaz tiempo!
¡Con qué expresión enamoras!
¡Cuán puro y noble es tu afecto!
Y si en retratar te empleas
El bellísimo universo,
¡Con qué viveza se imprimen
En mi mente los objetos!
La corriente cristalina
Oigo del manso arroyuelo,
Y allá entre las verdes ramas
Del céfiro el blando aliento.
Si de Abril pintas la noche,
Serena y cándida veo
La luna, que el ancho espacio
Va solitaria corriendo.
Entónces el orbe yace
En adormido silencio;
Y esta paz y este reposo
Yo embelesado contemplo.
¡Gloria á tu lira! Por siempre
Resuenen sus dulces ecos,
Y en buen hora á otros inflame
Del cañon el ronco trueno.

V.

LA VEJEZ.

Salud, venerable anciano,
Benigno el cielo te guarde,
Para enseñar con tu ejemplo
La virtud á los mortales.
Al borrascoso tumulto
De pasiones inconstantes
Ha sucedido en tu pecho
La bonanza inalterable.
Sereno el alba te encuentra

Cuando á despertarte sale,
Sereno te ve la noche,
Que amedrenta á los culpables.
Tú del deleite engañoso
No gustas el fatal cáliz,
Ni el error ya te seduce
Con ilusiones falaces.
Para tí el dorado alcázar
Es triste y penosa cárcel,
Y esclavos de la fortuna
Los orgullosos magnates.
Mientras ellos de sus vicios
Y su pompa hacen alarde,
El anciano bondadoso
Al campo tranquilo sale.
En su nevado cabello
Juega el céfiro suave,
Regalándole de paso
Con mil aromas fragantes.
Entónces de nueva vida
Siente su pecho animarse,
Y en éxtasis delicioso
Contempla el orbe admirable.
¡Qué de escenas lisonjeras
Le ofrece el tendido valle
Cuando el sol desde Occidente
Dora los montes y sauces!
¡Cómo recrean su oído
Los dulcísimos cantares
Del ruisenior, que á su amada
Llama al amoroso enlace!
¡Dichoso retiro! exclama;
Aquí está, aquí, la inefable
Virtud con reposo eterno
Brindando al hombre inconstante.
Aquí la verdad ofrece
Sus tesoros celestiales,
Que la envidia no emponzoña,
Ni el tedio molestos hace.
Do quiera gratos objetos
Acuden á deleitarme,
Ya vuelva al campo los ojos,
Ya al firmamento el alce.
Allá en el inmenso espacio
Me embelesa el sol radiante,
Cuando torrentes de fuego
A los planetas reparte;
Acá las doradas mieses
Y el candoroso semblante
Del labrador me recrean,
Haciendo el retiro amable.
¡Venturoso una y mil veces
El que en estas soledades
Los bienes goza del campo
Libre de inquietos afanes!
En su pecho no se abriga
La ambición loca, insaciable,
Ni á turbar su quietud viene
La trompa del fiero Marte.
Liberal le ofrece el suelo
Sustento abundoso y fácil,
Las pieles caliente abrigo,
Grata diversion las aves.
Tal fué del hombre inocente
En las primeras edades
La vida, cuando aun el oro
No compraba los pesares.»
Así discurre el anciano,
Que con afán incansable
Allá en sus años floridos
Corrió tras bienes fugaces;
Engañóle la fortuna,
Juguete fué miserable
Del error, y el desengaño
Le ahuyentó de las ciudades.
El desengaño prudente,
Que sin mentidos disfraces,
Retrata cuál es al mundo,
Frívolo, falso y mudable.
Por eso cuerdo el anciano
Huye de la turba frágil,
Que tras vanas ilusiones

Corre incanta á despeñarse;
Por eso el retiro busca,
Y los campestres hogares,
Donde al insolente vicio
No ve rendir homenajes,
Donde la alevé calumnia
Su hiel amarga no esparce,
Ni hollado por la injusticia,
Gimiendo el mérito yace.
¡Dichosa edad, en que el hombre
Caminar sereno sabe
Al sepulcro, donde á un tiempo
Riquezas y honores caen!
Así cristalino arroyo
Cruza sosegado el valle,
Y muere en el hondo río,
Cerca de su verde márgen.

VI.

EL SEPULCRO DE ELISA.

Ya muere el día; en ocaso
Una luz dudosa y breve
Lucha con las pardas sombras
Que por do quiera se extienden.
Reina el silencio en el campo,
Y apenas del aura leve
Al blando soplo las copas
De los árboles se mecen.
Por un valle solitario
Marcha Celio lentamente,
Hondos suspiros lanzando,
A la mansión de la muerte,
Donde á la ominosa sombra
De arrayanes y cipreses
Yace su esposa adorada,
Cual flor que el arado hiere.
No tan preciosas cenizas
Guarda el mármol, ni aparece
Grabado de Elisa el nombre
Con dorados caracteres;
Un rústico monumento,
Alzado en el blando césped,
A la virtud candorosa,
Mejor que el mármol, conviene.
Llega Celio; ante el sepulcro
Se arrodilla reverente,
Besa la fúnebre piedra,
Y tiernas lágrimas vierte.
Después de largo silencio,
En que á su turbada mente
La felicidad pasada
Se representa mil veces,
«¡Qué breve, exclama, es la dicha!
¡Cuán deleznables los bienes
Que á los míseros mortales
El mundo engañoso ofrece!
Yo el más feliz de los hombres
Fui..... De tan dulces placeres
Sólo me queda el recuerdo
Para más entristecerme.
¡Oh muerte odiosa! ¡Qué hiciste!
¡Por qué no esgrimes, alevé,
Tu guadaña, y á la tumba
Me arrojas do Elisa duerme?
Mas ¡ay! que tú, siempre injusta,
Del infeliz desatienes
Los ruegos, y á los dichosos
En tus venganzas prefieres,
¡Quién ¡ay! amará la vida?
¡Quién no ansiará su fin breve
Por huir de estos martirios,
Que jamás alivio tienen?»
Dijo; y apenas el eco
El último acento vuelve,
Cuando el pavoroso sitio
Se ilumina de repente.
Un bellissimo mancebo
Desde las nubes descende
Volando, cual amorosa

Paloma que al nido vuelve.
Su faz noble y peregrina
Como un astro resplandece,
Y de las candidas alas
Rayos de luz se desprenden.
En el sepulcro de Elisa
Para, y á Celio se vuelve,
Y con voz que dulce halaga,
Le consuela de esta suerte:
«No así, mortal engañado,
Te angusties ni desesperes;
Que Elisa en el alto empuero
Goza de iumortales bienes.
Imitala en sus virtudes,
Y con ella para siempre
Serás feliz.» Esto dicho,
La vision desaparece.
Celio, postrado, da gracias
Al cielo, que le protege,
Y á la virtud entregarse
Con pecho firme resuelve.
Cubre de flores la tumba,
Y suspira tiernamente,
Y absorto en dulces memorias,
A su hogar desierto vuelve.

VII.

LA POSADA.

Montado en su parda mula,
Tan trotona como falsa,
Camino de Andalucía
Va un hidalgo de la Mancha.
Delante lleva espolista,
Grande maleta á las ancas,
Hondas alforjas colgando,
Y en ellas bota preñada.
De tiempo en tiempo refrena
A la traviesa alimaña,
Empina la bota y fuma,
Y espolea con las zancas.
Así, pensando en sus viñas,
En su Aldonza y su vacada,
A tiempo que el sol se esconde
Llega al meson y se para.
Tiénele el mozo el estribo,
Se apea con gran cachaza,
Y una sucia maritónes
Sale á dar la bien-llegada.
Entra en la cuadra la mula,
Y entra tambien la mulata,
Y allí con el espolista
Tiernos coloquios entabla.
En tanto el finchado hidalgo
Entra en la cocina ahumada,
Donde unos arrieros guisan,
Otros roncan y otros charlan.
Saluda cortés, y nadie
De su hidalguía se cata,
Que esto de urbanos modales
No se estila en las posadas.
Pide cuarto; el posadero
Le dice que tenga calma,
Y llamando á Maritónes,
Vuelve á tenderse á la larga.
El hidalgo, muy mohino
De esta llaneza tan zafia,
Sale al portal, donde un perro
Y seis mendigos le ladrán.
Da limosna, acuden otros
Con zalamerías plegarias,
Y él aburrido se sienta
En el arcon de la paja.
Viene por fin Maritónes
Con una llave tamaña,
Más propia para cochera
Que para cuarto de casa;
Y una escalera subiendo,
Alta, estrecha y derrengada,
Abre el cuarto, pertrechado

DON EUGENIO DE TAPIA.

Con las siguientes alhajas:
Mesa con piés de tijera,
Lustrosa de puro rancia,
Que ascendió no há mucho tiempo
De la cocina á la sala;
Un taburete de encina,
Cosa en verdad no muy blanda,
Y dos sillitas de baqueta,
Una coja y otra manca.
La tarima de cordeles,
Un jergón de poca paja,
Y un colchon de duras tripas,
Como entre guijarro y lana;
Un velon de cardenillo,
Sin tijeras ni pantalla,
Y un pegadon con engrudo,
En la pared dos estampas.
En este lujoso albergue
Entra la flor de la Mancha;
Pregunta qué hay de cenar;
Respondele: «Lo que traiga.»
Manda subir las alforjas,
De ellas el repuesto saca,
Que en dos tortillas consiste,
Medio queso y seis manzanas.
Tiende luego Maritónes
Un mantel de gorda hilaza,
Y la vajilla coloca
Al mantel proporcionada.
Dos vasos de verde vidrio,
Una ancha y panzada jarra,
Dos platos de Talavera,
Llenos de costras y rajás;
Un tenedor con dos puntas
Muy torcidas y embotadas,
Un cuchillo sin ninguna,
Pero con mellas muy largas.
Cena el hidalgo solo,
El espolista le escancia,
Y á su lado Maritónes
Como una cotorra charla.
Enflaquece la bota,
La frugal cena se acaba,
Y la montaraz doncella
El duro lecho prepara.
Tiéndese el huésped cansado,
No entre sábanas de Holanda,
Sino entre estopa y anjeo,
Que el blando cutis desgarran.
Apénas se queda á oscuras,
Acuden con hambre y rabia
Mil antropófagos bichos
Que la tarima albergaba;
Unos le punzan brincando,
Otros del cuello se agarran,
Y allí con posma y ahinco
Le chupan y le desangran.
Da el desdichado mil vueltas;
Las uñas tiende con saña,
Mas cuando al pecho las lleva,
Siente el picor en la espalda.
El enemigo es artero,
La noche oculta sus trazas,
Sus ataques son seguros,
Irresistibles las armas.
El cuerpo del buen manchego
Es un campo de batalla;
Si da porrazos, se hiere;
Si hinca, las uñas se clava;
Cansado al fin de la lucha,
Pide luz, sube descalza
Maritónes, y del hombro
Le cuelga airosa la manta.
El hidalgo encapotado
Sale de la alcoba infausta,
Y hace que el colchon le tienda
Maritónes en la sala.
Ella obedece gruñendo,
Extiende brazos y zancas,
Y por no ver tal vestigio,
Vuelve el hidalgo la cara.
Hecha la cama en el suelo,

Se va sin decir palabra
El marimacho bravo,
Dando bostezos de á cuarta.
Quédase el hidalgo á oscuras,
Y libre de las punzadas,
Ya empieza á gozar del sueño
La dulzura y la bonanza;
Mas un arriero de pronto
Que le roban la cebada
Grita, y en el cuarto bajo
Una pendencia se trava.
Cien voces suenan á un tiempo,
Cien perros á un tiempo ladran,
Y hasta los asnos rebuznan,
Y en el concierto acompañan.
El mesonero reniega,
La mesonera regaña,
Todo es confusion y bulla,
Nadie cede, nadie calla.
Dura la gresca tres horas,
Vela el hidalgo otras tantas,
Y ya al olor de su carne
Vuelven los bichos de marras,
Impaciente deja el lecho,
Abre un poco la ventana,
Y, al ver la luna, prorrumpe
En estas tiernas palabras:
«¡Oh quién viviera en tu seno!
¡Oh quién contigo rodara,
Por no tratar á estas bestias
De dos y de cuatro patas!
Juro por mi amada Aldonza
No hacer ya más caminatas,
Aunque al chantre, mi sobrino,
No vuelva á ver en su casa.»
Absorto en mil pensamientos
Se pasea por la sala,
Y oye jurar los arrieros,
Que van saliendo á dar agua.
Rechina el porton mil veces,
Van y vienen alimañas,
Y las paredes y el techo
Retiemblan con las patadas.
En esto, alegrando el mundo,
Al Oriente asoma el alba,
Y á la cocina el hidalgo
Bien despabilado baja.
Manda aparejar la mula,
No almuerza, porque no hay magras;
Pide la cuenta, y en ella
La mano el huésped le carga;
Un real le pone de ruido,
Y al ver partida tan rara,
Lleno de cólera, dice
El manchego estas palabras:
«¡Pagar yo por hacer ruido!
¡Yo, que en noche tan penada
No he desplegado mis labios,
Cuando se hundía la casa!»....
«Por cama, luz y asistencia
Dos duros....» ¡Oh! pese al alma
Del potro que cuesta tanto,
Y de la raín luminaria.
El posadero ladino
Aun dice que le hace gracia,
Y el infeliz caminante.
Por no reñir, paga y calla.
Pídele para alfileres
Maritónes. ¿Esto falta?
Dale un real, monta á caballo,
Y el latrocínio se acaba.
Se abre el porton, y saliendo
El hidalgo de la casa,
Exclamó, dando un suspiro:
«¡Oh posadas de mi patria!»

VIII.

LA TERTULIA DE LA ALDEA.

Á convalecer de un asma
Que le atormentaba el pecho,

ROMANCES.

El cortesano Dalmiro
Marchó de Castilla á un pueblo;
Y por solazarse un rato
En su duro cautiverio,
Escribe á Floro, y le cuenta
Sus mezquinos pasatiempos.
«Mientras tú, dice, en la corte
Gozas de tantos recreos,
Yo en la tertulia del Chato
A lo patan me divierto.
Es el Chato un hombre gordo,
Primer alcalde del pueblo,
Que empina el jarro, y se duerme
En la sesion del concejo.
Luego que tiende su manto
La noche del crudo invierno,
Al resplandor de las teas,
Que dan luz y grato incienso,
Acuden los tertulianos,
Y ante todos el barbero,
Cuya sonora guitarra
Es el alma del festejo.
En pos llega don Patricio,
Sabio y respetable médico,
Que á todos cura sus males,
Salvo los que mueren de ellos.
Inexorable y ceñudo
Tambien acude el maestro,
Que es verdugo de los niños,
Cuando no le dan dinero.
Preséntase el escribano,
Que es decididor y travieso,
Y con él dos regidores,
Y otros honrados zopencos.
Falta bosquejar ahora
Brevemente el otro sexo,
Cuyas gracias dan realce
A este animado congreso.
Fresca, rolliza y ufana,
Gran narradora de cuentos,
Es Leonarda la alcaldesa,
A quien estimo y respeto.
Es su rival la escribana,
Vivaracha, de ojos negros,
Muy aficionada á chismes,
Y aun más á los largos pleitos.
La médica varonil,
Alta, de color moreno,
Entre aquéllas sobresale,
Cual ciprés junto al romero.
Ya he pintado las tres Gracias,
Y á las otras ninfas dejo;
Porque en verdad son tan feas,
Que al mirarlás me estremezo.
Completa ya la tertulia,
Se da principio al concierto;
Pulsa la lira el rapista,
Y todos guardan silencio.
Cuatro gallardas parejas
Salen á lucir sus cuerpos;
Manchegas piden, y ajustan
El liso crótalo al dedo.
Canta el barbero una copla
Con bronca voz de becerro,
Y comienza alegremente
El ruidoso taconeo.
Sigue el canto, en raudas vueltas
Giran mozas y mancebos,
Y álzanse nubes de polvo,
Y todo es caos y estruendo.
Destémplase la guitarra,
Que ya parece un cencerro,
Y los danzantes rendidos
Se tornan á sus asientos,
Para reparar las fuerzas
Circular, en vez de refresco,
Vino tinto en verdes vasos,
Y á veces sucios bufielos.
Juegos de prendas al baile
Siguen, y luce su ingenio
El alcalde presidente
Que grita, «Anton Perulero.»

III, PS.-XVIII.

A su voz mágica, todos,
Formando vistoso cerco,
Van á imitar varias artes
En continuo movimiento.
Este, con puño robusto,
Remedando al sucio herrero,
Machaca duro, y le sirven
De junque sus propios huesos.
Aquél inuita con gracia
Al mañoso pastelero,
Que es oficio socorrido,
Y célebre, en estos tiempos,
Sangrador el escribano
Se hace, ¡feliz pensamiento!
Porque es fama en la provincia
Que sangra bien á los pueblos.
El médico muy sensato
Imita al sepulturero,
Que en abrir fosas profundas
Todos le suponen diestro.
En el rescate de prendas
Hay grande bulla y contento,
Y felices ocurrencias
De los patanes traviesos.
Luego que en la torre avisa
El reloj con golpes lentos,
Que es ya llegada la hora
Del descanso y del silencio,
Se despiden las palurdas
Con ruidoso cotorreo;
Todas á la vez accionan,
Y todas hablan á un tiempo.
Ménos locuaces los hombres
Calan montera ó chapeo,
Y en lacónica nobleza
Dicen: adiós, caballeros.
Esta, Floro, es la tertulia
Del Chato, puesta en compendio,
Rústica, pero heredada
De sus honrados abuelos.
Fastidiado y aburrido
Tiéndome en el duro lecho,
Y cuando empieza á arrullarme
Blandamente el dulce sueño,
De repente loca turba
De enamorados mozuelos
Con necio canto y relinchos
Interrumpe mi sosiego.
Al són áspero y seguido
De un guitarrillo parlero,
Lanzan á sus maritones
Piropos en toscos versos.
A la música acompaña
El ladrado de los perros,
Y hasta que despunta el alba
No cesa el dulce concierto.
Convidanme á una partida
De campo; ¡cuánto padezco!
Allí cual lobos devoran,
Y beben como tudescos.
Amigo, más quiero el asma;
A Madrid, Floro, me vuelvo;
Y si me entierran, paciencia;
No veré más lugareños.

IX.—1.

LA FAMILIA ALCARREÑA
Y LAS JUNTAS PATRIÓTIICAS.

En un lugar de la Alcarria
Moraba un señor hidalgo,
No de los vanos y hambrientos
Que en España abundan tanto;
Sino de aquellos dichosos
Que apellidan mayorazgos,
Dueños de una rica hacienda
Adquirida sin trabajo.
De renta además tenía
Doce mil reales al año,
Que en réditos le pagaba

Un hebreo cortesano.
Era de temperamento
Frio, pacífico y manso,
Y en política tenía
Pensamientos moderados.
Gustábale más que todo
El despotismo ilustrado,
Gobierno mixto, que en Francia
Fué de moda muchos años;
Mas cuando la ilustracion
Despótica vino abajo,
Se hizo puro estatutista,
Y acérrimo doctrinario.
Estaba con doña Irene
De Pontevedra casado,
Señora de rancia alcurnia,
De mucho viento en los cascos;
Terca á veces, habladora,
Partidaria de don Carlos,
Que estar casada debiera
Con un faccioso navarro.
Fruto de esta union hidalga
Era el jóven don Pascasio,
Héroe de la grave historia
Que la Musa me ha dictado.
No era tonto, como suelen
Nacer otros mayorazgos;
Mas poco estudió, y quedóse
En el puente de los asnos.
Preciábase de buen mozo,
Era gastador y franco,
Dado á la caza y al juego,
Y á las ninfas inclinado.
El Estatuto regia,
Y ya el año treinta y cuatro
Iba á hundirse en el abismo
Con los demas que pasaron,
Cuando doña Irene un día,
Con su esposo conversando,
Alegre, ufana y pomposa,
Le dice: «No hay que dudar,
Nuestro rey vendrá muy pronto
Victorioso á su palacio;
Habrá festejos, iremos
A la corte á recrearnos.
La cruz de Carlos tercero,
O el hábito de Santiago,
Obtendremos para el hijo,
Y le veremos cruzado.»
El marido sonriendo,
Con la copa y un cigarro,
Allá veremos, decía,
Y continuaba fumando.
Tú no lo creerás, repuso
Doña Irene con enfado,
Porque lees esos papeles
De Madrid anti-cristianos;
Yo lo sé por fray Lorenzo.
Ese fraile es un naranjo,
Respondió, lanzando el humo,
Don Sempronio de Velasco.
La noble alcarreña entónces,
Viendo de tal suerte ajado
El mérito de un varon,
Que era su consultor nato,
Indignada y encendida
Como un tomate encarnado,
Llamó á su consorte impio,
Y dejóle renegando.
El, sereno, como queda
La luna tras un nublado,
Siguió fumando en su silla
Hasta apurar el habano.
Pasó el año treinta y cinco,
Y no vino el rey ansiado
Por la hidalga, que al Mesías
Estaba inquieta aguardando.
Su esposo ya no la hablaba
Del redentor de los gansos,
Por no verla tan rabiosa,
Y encrespada como un gallo.
Su hijo, que sólo pensaba